

# AQUELLAS PLAZAS DORMIDAS

por JOSEFINA LERENA DE BLIXEN

I

**N**O sé por qué yo atravesaba siempre la Plaza Independencia por la vereda del medio, en aquellos veranos de aire quemante, con las baldosas doradas de sol, cuando los árboles, como sombrillas cerradas, replegaban la sombra en sus troncos, y la plaza se llenaba de soledad.

En los estios, la gente alargaba el camino, buscando el frescor de la Pasiva, bajo los arcos ya descascarados, codeándose con los vendedores ambulantes, junto a las pequeñas tiendas de baratijas, que adornaban sus paredes con un colorido insoportable de zarázcas. De ahí que en mi memoria ella haya quedado como una visión de linterna mágica, sin la graciosa movilidad de la vida.

Y vi veranos iguales, siempre iguales, en aquella plaza que sentí de sed,

hasta que un día mis ojos se encontraron con la sorpresa de que iba alzándose entre el pedregullo, frente al Hotel Bella Barcelona, aquel edificio de pesadas columnas verdes o grises que podía saludarse desde los balcones de la Casa de Gobierno.

Fue al principio un pabellón de tablones, que de pronto se hizo rojo, cual si el fuego lo hubiera pintado, y que luego rodeó la música de la tarde, y una tertulia de voces, de muselinas y abanicos, como nunca se viera en la calle. Entonces, bella aventura, llegó a la plaza la estatua de Joaquín Suárez, y su emplazamiento ofreció insólita animación. Los montevideanos se paseaban contentos, mirando hacia el ángulo sur, señalando el sitio con entusiasmo.

Pero cuando los lienzos, después de meses de cubrirla, dejaron a la vista la estatua, todos quedaron defraudados.

dos. Desde la mañana un corró se formaba allí, como en un velorio, pues los transeúntes se detenían a hablar en un perfecto acuerdo, diciendo: "Las estatuas no quedan bien de frac" o "Debía llevar casaca, como los antiguos, o la arrogancia de las charreteras y espada en vez de bastón...". O también: "¿Porqué la habrán fundido en bronce cuando son más hermosas las estatuas de mármol?" Y disgustaba a todos el basamento de granito, esa piedra ordinaria, como decían que sólo sirve para adoquinar las calles... Algunos otros criticaban el tamaño o las proporciones...

Tal vez el disgusto que trajo la estatua de Joaquín Suárez a la ciudad impidió que se colocaran las otras restantes. Y para que cesaran aquellas conversaciones, el monumento fue llevado a un lugar lejano, al que se puso su ilustre nombre, como una compensación, pero por donde la gente no pasaba sino en tranvía.

La plaza, tranquila ya, recobró su aire antiguo, por lo cual los montevideanos pasaron otra vez, sin detenerse, sin saludarse, sin conocerse.

## II

Había así que caminar unas cuadras más para encontrar amigos. Porque la Plaza Cagancha era distinta y tenía como un tono de experiencia social, con la gente sentada familiarmente en los bancos, para sostener conversaciones como de entrecasa. Allí, a modo de niños, todos gozaban esperando la salida del trencito de los carneros o mirando al hombre de los globos o acercándose al bizcochero y permaneciendo horas enteras en comunión con esa vida humilde, buena, sin ambiciones, en medio de aquellas preciosas palmeras... Era el lugar de las niñas, de los chicos y de los vagabundos. En medio de ellos se alzaba gallarda-

mente la estatua de la Libertad, que ninguno miraba, pues todos pasaban junto a ella como si no estuviera, como si no precisara estar en un sitio tan prominente.

Y así, cuando alguien se quedaba con los ojos abiertos y la boca admirada, una sonrisa de superioridad pasaba por todos los rostros, pues veían en él a alguien que debía venir de la hosquedad de los campos. Es que ni los desocupados parecían inquietarse por la libertad y acaso sólo encontraban a la estatua la utilidad de un reloj de sol.

Pero si se seguía caminando hacia afuera, pronto se pasaba de la cándida armonía de la Plaza Cagancha, a la inquietante extrañeza de la Plaza de Armas, a la que los montevideanos llamaban tercamente el Cementerio Inglés sosteniendo que allí estaban enterrados los combatientes de las invasiones inglesas.

Era un campo sin un árbol, sin una flor, sin una mata siquiera, un campo como quemado por la leyenda. Se abría a la ciudad en 18 de Julio y Ejido, justamente frente a la panadería de los bollitos, cuyo piso se movía como el teclado de un piano, lugar sumamente valorado por todos los niños. Por lo demás, allí era todo desolación: tierra parda y huraña, ondulada y solitaria, como un mar de olas de tierra, que la gente prefería no pisar, aunque hubiera que dar vuelta por las calles adyacentes.

Pero un día alguien, no se sabe quién, hizo construir allí, precisamente allí, una feria de diversiones y el cementerio quedó enterrado bajo los teatrillos llenos de música, de cantos y de bailes, con lo cual nadie volvió a acordarse del camposanto.

Y si se seguía hacia afuera sólo se encontraba la Plaza de las Carretas. Pero las más preciosas de ellas las tenía Montevideo en la ciudad vieja. Así.

la Plaza Constitución, riente y bella, a la que la gente llamaba preferentemente Plaza Matriz y unas cuadras después la Plaza Zabala. La Plaza Matriz existía ya desde el tiempo del virreinato. La conocieron los patriotas y allí juraron la Constitución, y en ella se reunían los constructores de la nacionalidad. Toda la historia de la patria se iba desarrollando en ese Cabildo, del que casi formaba parte la plaza, en el que entonces todavía se reunían las Cámaras, que elegían a los Presidentes y donde éstos tomaban el mando de la República. En algún tiempo había sido la plaza de los motines, y los batallones acampaban en sus triángulos con las armas en pabellón. Allí se celebraban también las solemnes procesiones, en que los niños iban vestidos de ángeles, y las señoras, adornadas de ricos terciopelos, oraban de rodillas en la calle.

### III

Pero en el Novecientos la plaza servía de marco también a reuniones sociales. En las noches de verano, mientras las bandas militares tocaban polkas y mazurcas, la juventud transitaba por la diagonal que iba de Sarandí y Cámaras a Ituzaingó y Rincón; las mujeres, vestidas de vaporosas muselinas blancas y sombreros de pastoras, con amapolas y espigas, o con grandes capelinas de plumas. Y se paseaba casi al compás de la música, con esa inocencia y frivolidad del Novecientos, rodeando la fuente de motivos mitológicos y escritas, leyendas, que hacía saltar día y noche sus collares de agua.

Pero este encantamiento duraba sólo hasta que la Catedral daba las once. Porque a esa hora se apagaban los atriles, las músicas cesaban y en un segundo desaparecían los paseantes.

La plaza se recogía en sí misma y podía soñar a solas...

La buena gente de Montevideo, a pesar de vivir en una ciudad flanqueada por las olas, prefería entonces, a la costa marina, la tibieza de los pequeños espacios libres, y paseaba bajo los paraísos, respirando el perfume de las flores, como podría hacerse en un pueblo de tierra adentro. Sin embargo la gente ni se detenía ni se hablaba al encontrarse de paso; solamente se saludaba a cada encuentro, se miraba, se sonreía, y volvía a hacer de nuevo el mismo camino.

En fin; al final de la península existe otra plaza de un aire más infantil que social, una plaza casi en el puerto, escondida entre las casas: la Plaza Zabala, que así se llamaba antes ya de desembarcar la estatua del fundador de Montevideo a tomar posesión del lugar. Esta era como un edén secreto, más alejada de los lugares de paseo de la gente y a la que se llega por calles que terminan allí o que nacen. Tiene aún algo de jardín ajeno, rico jardín con rejas y portones de hierro, que se cerraban entonces a la puesta del sol.

Los bancos estaban ocupados siempre por viejos inmóviles, que podían parecer de piedra, pero que mientras tomaban el sol infundían respeto en medio de la lozanía de la plaza.

¿Quién hubiera podido pisar entonces aquellos canteros como de raso verde? ¿Quien se iba a animar a arrancar una de aquellas dalias como llamas, o alguno de aquellos malvones, opulentos de imprevistos rojos? ¿Quién trataría de tocar uno de los tentadores pensamientos, violetas y amarillos? ¿Quién hubiera roto caprichosamente alguno de los lazos de amor, que crecían en manojos, como almidonadas cintas?

Después, cuando sus ojos de vidrio dejaron de vigilar, acaso todo fue distinto. Y hoy sólo quedan algunas flores, entre caminos que se cruzan en todo sentido.